

En los de México, ante su propia barbarie, la conquista, hay algo que podríamos llamar una “culpa”. No digo que en Cortés y en muchos de sus huestes, pero sí en el cronista Bernal Díaz: “yo digo que viendo ese espectáculo, no podía creerlo, que no habiendo en el mundo un país incomparable como este... en el presente, toda esa villa había sido destruida y nada quedaba de pie”. Ahora bien, Todorov, de quien tomo esta cita que tiene aire de arrepentimiento, se ha ocupado de ese singular estado de ánimo de los conquistadores. Amaban y despreciaban lo que habían hallado. Miraban las altas torres de los aztecas y decían, “no hay en España nada comparable” (Cortés). O bien, “la principal torre es más alta que la torre de la catedral de Sevilla (Bernal Díaz). Pero Todorov señala: “Cortés se interesaba por la civilización azteca, al tiempo que le parecía extraña”.⁹⁷ Igual la atropellaron y dominaron. Entraron en juego otros elementos, más decisivos que las armas mismas. Y todos, de alguna manera, políticos. Un curioso deporte cuyo gusto comenzaban a tener los renacentistas pero no todavía los habitantes de Tenochtitlan.

16. La caída de Tenochtitlan y del Cusco. Crónicas. Política y antropología

En 1519 Cortés comienza a tomar México y acaba en 1521. En 1532 Pizarro llega a Tumbes, sube a Cajamarca, captura a Atahualpa, lo procesa y ejecuta. En 1544, llega al Perú el primer virrey. En 1572, el último Inca, en estado de rebeldía, Túpac Amaru, es capturado y ejecutado.

Los dos expedicionarios, primero Cortés y luego Francisco Pizarro, han descubierto, cada uno a su turno, que ambos Imperios no eran homogéneos. Y a espaldas del Inca andino y el *Tlatoani* azteca, había un mundo de intrigas. No es la superioridad técnica, la espada, las culebrinas y el caballo, no solo es eso lo que les da la victoria sino el trabajo político de explotar las fracturas de esas mismas sociedades. Buscaron alianzas con los descontentos y las consiguieron.

⁹⁷ Todorov, Tzvetan, *La conquête de l'Amérique. La question de l'autre*, Éditions du Seuil, París, 1928, p. 168.

Lo político es una pregunta nuestra, desde nuestra era. Pero también entre los vencedores, trotó el asombro. Al propio Cortés le sorprende lo ocurrido. Bernal Díaz cuenta cómo, después de vencerlos, les preguntó: ¿por qué siendo tan numerosos, habían sido tan pocos en enfrentarlo?⁹⁸ Y pensar que los terribles dioses de la tribu azteca, Tezcatlipoca y Huitzilopochtli, habían aconsejado a Moctezuma “en Cholula, tienes que matarlos, o traerlos agarrotados a México”.⁹⁹ ¿Por qué Moctezuma no siguió a sus oráculos? Era el *Tlatoani*, “el que tenía la última palabra”, y no lo hizo. El silencio de los vencidos es pesada carga de los muertos sobre vivientes y descendientes.

Fuentes, tardías o indirectas

El tema es inmenso, no siempre se asiste al fin de dos imperios. Un final espectacular. Y las dificultades metodológicas también lo son, como dicen los científicos que estudian el universo, por momentos inconmensurables. Ciertamente, contamos con una abundante literatura, pero no la de los indígenas, los “vencidos” que han interesado a Wachtel. Tan difíciles de escrudiñar que ha recurrido a “la muerte de Atahualpa”, una danza folclórica, para encontrar significados latentes. Es decir, a la etnología de nuestro tiempo. Los incas no tuvieron escritura. No es el caso de los mexicas. El Códice Borgia, el Códice Vaticanus. Pero ahí están calendarios y dioses. Y los pocos relatos de los invadidos. Hay un relato directo de los acontecimientos pero del lado español, hecho por cronistas-soldados como los llamó Porras, por lo general sinceros y directos, Bernal Díaz para México y en Perú, Hernando Pizarro, Francisco de Xerez, Miguel de Estete, entre otros. No negaremos su inmenso valor, pero también sus límites, son la voz de los vencedores y con escritos de circunstancias. Como lo serán los de indígenas y mestizos que escriben un poco más tarde. Precisan, unos y otros, vencedores y vencidos, de una rama exigente de la ciencia histórica, la heurística, necesaria para separar la verdad o falsedad de cada contenido. Precisan del investigador, lo que da la distancia del tiempo y la ética de la neutralidad.

⁹⁸ Todorov, *ibídem*, p. 134.

⁹⁹ Todorov, *ibídem*, p. 74.

Con la excepción de las mencionadas –los cronistas de la primera hora– las crónicas indias y mestizas aparecen sesenta años más tarde de la Conquista. Garcilaso en 1609. El *Relato quechua de Huarochirí* es de 1608 y no habla de los conquistadores sino de creencias y costumbres. El inmenso libro de Huamán Poma se perdió cinco siglos, y trae otras temáticas (el abuso de los corregidores), pero eso es más bien vida colonial, y sus agravios. Las obras más importantes, como las de Cieza de León, se vuelcan sobre la geografía, los incas, la fundación de ciudades, las guerras civiles entre españoles. Y no nos referimos a la obra de Acosta, Betanzos, Las Casas, el mismo Cieza de León o el propio Garcilaso, para este caso preciso, la guerra o guerras de conquista. Son útiles para saber cómo era el imperio azteca y el inca, la organización social, las costumbres, la religión. Cómo era la Atlántida india antes de hundirse.

Tenemos que acercarnos entonces a crónicas y testimonios. No abundan para el tramo de las guerras de ese fin del mundo. Santa Cruz Pachacuti y su *Relación de Antigüedades de este Reino del Perú*, es lo que son, historia militar y religiosa de los incas, no de cómo los desalojaron del poder. Santa Cruz, quien no solo es indio sino se dice descendiente de la antigua nobleza, fue conocido solo en el siglo XX, y es muy interesante por su deseo de darle contenidos cristianos a algunas antiguas deidades indias, como Viracocha. Decisivo para el estudio de las mentalidades –muy bien comentado por Carlos Aranibar– pero no fuente histórica directa de la Conquista. Es fuente colonial, para estudiar cómo se cristianizaba la mirada de mestizos e indígenas. En Perú, que sepamos, no hay una fuente quechua directa. Mestizos, indígenas y españoles que escriben sobre los acontecimientos vienen después. No hay correlato indio a las crónicas soldaderas.

México en la materia es más afortunado. Georges Baudot y Tzvetan Todorov han reunido los *Relatos aztecas sobre la Conquista*. Los textos originarios en lengua nahua han sido traducidos. Aparte del recojo de voces mexicanas que hizo Sahagún, están los *Annales históricos de la nación mexicana*, un anónimo, de 1536. Varios Códices. En lengua española, *La Historia de Tlaxcala*, de Diego Muñoz Camargo, mestizo tlaxcalteño educado como español –un poco el Garcilaso mexicano– pero menos literario que el cusqueño y más concentrado en la historia de su república, Tlaxcala, clave en la debacle de los aztecas. Contaría la *Historia de las Indias de Nueva España*, 1570, de fray

Diego Durán, por sus preocupaciones teológicas; era dominico, cuenta más para entender a los frailes milenaristas que acabaron con las bibliotecas de los vencidos. El más interesante es Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, de madre india que descendía de grandes reyes poetas y padre español, Juan Navas de Peraleda, pero también tardío; nace en 1578. Su *Historia de la nación chichimeca* es de 1625. Un siglo más tarde de los acontecimientos. Sin embargo, narra con detalle la conquista española y el momento del cerco, pero se interrumpe súbitamente.

Fuentes existen aunque indirectas. Tenemos la fortuna que nos preceden, para el presente libro, no solo crónicas sino estudios etnológicos e históricos, trabajos decisivos, de gran erudición, en lo que podemos llamar la historiografía del Nuevo Mundo, es decir, análisis de textos, cotejo de fuentes, todo lo que generaciones de investigadores nos han legado. La historiografía sobre las fuentes es trabajo cauteloso, pienso en los trabajos de españoles, como Jiménez de la Espada, González de la Rosa, los de Medina. Los de Prescott para su Conquista del Perú, los del francés Marcel Bataillon, de ejemplar rigor. Los de Riva-Agüero, el padre Vargas Ugarte y los de Raúl Porras y de su discípulo Carlos Aranibar; cada cronista expurgado y expuesto en sus virtudes como en sus inclinaciones, les conocían a cada uno de qué pie cojeaban. Trabajo benedictino, sin duda alguna. Pero necesario. La verdad de la historia no surge de una sola fuente sino del cotejo de varias, y de la intuición finalmente del que lee los documentos del pasado, y recrea el contexto intelectual y moral de cada época, y de cada testigo. Para eso es preciso la humanidad y la intuición del lector.

Conquista y ciencias políticas

No hay que estar presente en Waterloo para entender los motivos de esa guerra. Ni una encuesta de opinión en el terreno para deducir porque los once estados confederados sureños fueron a la guerra civil ante los 24 estados del norte americano. Ni para saber por qué las invasiones mongólicas y las excursiones vikingas fueron incontenibles. Las invasiones islámicas, aunque su causa visible fuera religiosa, no dejan de explicarse también por otras

razones que son económicas, sociales, políticas. No es necesario que en cada gran invasión en la historia de la humanidad esté presente un reportero del *New York Times* para garantizar la veracidad del relato, o de un equipo de producción para filmar la guerra como en Irak, que fue una de las contiendas mejor vista por la humanidad entera, y una de las menos comprensibles. Ver no es comprender. Los medios de comunicación nos dicen hoy al instante que es lo que pasa. Las razones de fondo vienen más tarde, a veces, muchos decenios después.

La política es un concepto a la vez incómodo y de muchos usos. Puede ser sustantivo: un hombre político. En inglés hay una dualidad que resulta útil. Se dice *politics* de modo general pero se dice *policy*, aplicaciones a asuntos diversos como lo son la salud, la educación, es decir políticas. Y desde los griegos, *polítes* por ciudadano, o un grupo de personas que actúan en público. Si es eso, *polítes* lo ha habido entonces desde la noche de los tiempos, y no solo desde la *polis* griega, que precede a las formas políticas occidentales. La hay desde que hay clanes, sociedad rurales, imperios y organizaciones. Precede a la idea de Estado, de república, de nación. Por eso podemos interrogarnos qué tipo de política era la de Qin de China, 221-206 a.C. La historia es una reconstrucción a posteriori. La lectura del pasado atraviesa los textos históricos, y lleva consigo las interrogaciones canónicas. La política no es esperar que hubiesen partidos, elecciones, para existir. La prueba, Maquiavelo. Le bastó una Señoría, la Florencia de su tiempo.

¿Qué es política? Un espacio sustentado en valores o creencias enfrentadas (Max Weber). Es la gestión no guerrera del conflicto (André Comte-Sponville). Es parte del derecho natural (Ernst Bloch). Siempre la hubo, cuando los guerreros de la *Ilíada* se reúnen al pie de las naves negras, en las playas de Troya, y buscan una solución a la prolongada guerra, y toman la palabra en una asamblea abierta y no solo sus reyes, eso es política, dice Fernando Savater (*Política para Amador*). Siempre la hubo, pero en varias civilizaciones no tenía un nombre propio. Ahora bien, cuando Cortés conoce a Moctezuma II y habla con él, sabe qué es política. Y el Emperador de los aztecas tiene para ese conflicto otros conceptos, que pasan por su teología y creencias. Y ahí comienza su derrota.

El debate sobre los conquistadores ha ganado en claridad desde el trabajo de Tzvetan Todorov, *La conquête de l'Amérique*. Como historiador conoce los textos de Las Casas, Bernal Díaz, de Diego de Landa, Cortés y sus cartas, pero lo habitan otras cuestiones propias a nuestro tiempo. Se pregunta cuáles son los mecanismos mentales de los protagonistas de esa tragedia. No busca culpables, tampoco niega ni las atrocidades de los sacrificios ni los estragos de los conquistadores. No es un juez, quiere entender. Nos explica por qué los españoles del siglo XVI –o de cualquier otra nación europea que hubiera estado en esa situación– llevaban consigo una superioridad estratégica y táctica. Las civilizaciones amerindias eran superiores en muchos terrenos a los invasores, pero razonaban desde teocracias. En Todorov, hombre de nuestro tiempo, cuenta el tema de la dominación y la información, la comunicación y el análisis de los signos, la semiótica para entender al otro. Para dominarlo. Un tiempo en que, desde los negocios a la guerra, importa conocer al rival. No solo por curiosidad, sino para vencerlo. El conquistador no estaba ciego ante lo que veía. Moctezuma no termina de entender de dónde venían esos intrusos y qué es lo que querían. Las razones de la victoria, dice Todorov, se reducen a tres operaciones de orden lógico: comprender, tomar, destruir.

Ahora bien, «Cortés comprende relativamente bien el mundo azteca que tiene ante los ojos, sin duda mucho mejor que aquello que Moctezuma entendería de los españoles».¹⁰⁰ Al llegar a ese momento de su explicación, se supone que el lector está enterado de algo que tengo que reintroducir rápidamente. Al llegar a Tenochtitlan, los españoles fueron recibidos como huéspedes por el propio Moctezuma y durante seis meses tuvieron el tiempo suficiente para observar esa ciudad, su vida, sus costumbres, admirarla y desear a la vez conquistarla. Eran muy pocos, y la civilización azteca era imponente en hombres y fuerzas. Por su lado, Moctezuma y dignatarios también se hacían una idea de esos hombres extraños. Pronto descubrieron que no eran dioses. El personal de domésticos que los mexicas cordialmente les habían puesto a su servicio, les informan que comían y defecaban. No eran dioses. Aun así, Moctezuma cavilaba.

¹⁰⁰ Todorov, *ibídem*, p. 163.

Moctezuma y los signos. Cortés y los signos. Es un momento trascendente de ese choque de civilizaciones, y del libro de Todorov. Todo se juega en un ejercicio de interpretación. «Los indios y los españoles practican comunicaciones diferentes» dice Todorov. En los mexicanos era la adivinación cíclica, los presagios. Era normal, un mundo en que reinaban los astrólogos, los brujos, los adivinos. La vida azteca, para ricos y pobres, se manejaba por presagios. Al nacer un niño o niña, lo llevaban a quienes leían los “libros del destino”, o sea la predicción por la vida, y sobre una hoja de papel (tenían papel y libros), los presagios, “favorables y desfavorables”. Todorov cita a Durán, quien a su vez describe las costumbres del mundo precortesiano. En ese mundo todo era interpretación, incluso si un marido era infiel, “y los grandes jefes aztecas consultaban los adivinos antes de emprender algo importante”. No era un asunto menor, en maya –nos indica– la palabra profecía es sinónimo de ley (*Chilam Balam*). No cuenta la opinión personal. Todo estaba escrito.

¿Entendemos el dilema de Moctezuma II? Cortés había llegado, para desgracia de los aztecas, en 1519, el año *Ce Acatl* (uno caña) cuando el dios civilizador de los toltecas, Quetzalcóatl, había prometido regresar. Vaya coincidencia. El muy serio cronista Sahagún lo recoge de esta manera: “Como oyó la nueva, Moctezuma despachó gente para el recibimiento de Quetzalcóatl, porque pensó que era el que venía”. El dios o rey de los extintos toltecas se había ido al mar por el este, y como los barcos volvían por el mismo lado... Tampoco es que estuviese del todo convencido, no dejó de tenderle trampas a Cortés mientras se acercaba –sería largo entrar en los detalles– y como llega, pese a todo, él como *Tlatoani*, lo recibe. El problema aquí es la indecisión. Era un estadista que sospechaba de los intrusos. Era un creyente, se preguntaba si no se habían excedido en los sangrientos sacrificios.

Ante los signos, Cortés no perdía el tiempo. Sus signos no eran los presagios sino la información. No actuaba ni como un obispo ni como un filósofo sino como el jefe de una expedición a la vez política y militar. Siempre estuvo rodeado de traductores, mucho antes de llegar a la capital de los aztecas. Abajo, en la costa del golfo, recuperó a un español, Geronimo de Aliaga, que había pasado mucho tiempo con los indios mayas, y que le dio informaciones valiosísimas antes de emprender su expedición. Ahí recoge a doña Marina, una princesa totonaca esclavizada por los aztecas, que será su mejor aliado,

traductora, amante, concejera. La Malinche, odiada por los mexicanos, símbolo de la traición. Todorov no lo piensa así. La considera el símbolo del mestizaje de ambas culturas. Y llega a decir que anuncia el Estado moderno en México, el bilingüismo. Por mi parte, diría, los servicios de inteligencia de nuestros días. Dejemos, sin embargo, a Malinche del brazo de Todorov que es un espíritu libre, y francamente divertido. Me imagino el efecto que debe hacer esa afirmación en los mexicanos actuales. Vayamos a lo central. Cortés no había parado de informarse a lo largo de su camino, de Veracruz al corazón del Anáhuac. Y estaba bien claro, “las disensiones internas de los indios” eran evidentes. Todorov cita a dos testigos de vista. Bernal Díaz “estaban en constante guerra, provincia contra provincia, aldea contra aldea”. Y Motolinía, “cuando llegaron los españoles, todos los señores de todas las provincias, se oponían unos a otros. En guerra continua.”¹⁰¹

Sea, Cortés interpreta mejor que su rival. Pero alguien diría, cualquier europeo o castellano conquistador lo hubiese hecho. Pero esta forma de razonar es errada. No hay conquistadores antes de Cortés, apenas exploradores. Él es quien inventa ese papel. Recordemos sus pasos. Ciertamente, ha partido con la licencia concedida por el gobernador de Cuba. Quien luego se arrepiente y le quita la misión. Cortés no le hace caso y trepa las sierras, tiene un combate decisivo con los de Tlaxcala (a raíz de lo cual se hacen sus aliados) y sigue hasta llegar a México. Hace la guerra en nombre de Dios y del Rey, no de las autoridades locales. Ha inventado el Conquistador. Ciertamente, no es una figura nueva, al contrario, es un anacronismo, la usaban los grandes capitanes en la escena de Italia. La retoma, la independencia del guerrero que luego rendirá cuentas. Pero, una segunda expedición llega para tomarlo preso. Cortés deja la capital azteca, baja a Vera Cruz, discute con Narváez y sus hombres, los convence que ha encontrado un reino riquísimo y que puede hacerlos ricos y famosos. La tripulación queda convencida, toman preso a Pánfilo de Narváez el enviado. Y siguen a Cortés, que además obtiene más hombres y caballos. ¿Qué quiere decir todo esto? El invento prácticamente de la conquista. Todorov recoge una anécdota. Alguien en Cuba le reprocha reclutar tantos hombres. Basta unos cuantos, incursionar por las costas, pillar las aldeas, robar el oro y regresar. Es la mediocre actividad de muchos colonos, en veinte años

¹⁰¹ Todorov, *ibídem*, p. 134.

después del Descubrimiento. El joven Cortés se echa a reír. No estaba para cosas tan menores, “sino para servir a Dios y al rey” (Bernal Díaz).

¿Qué quiso decir? Todorov es claro: “la diferencia entre Cortés y los suyos es que él procedía como alguien que tiene una conciencia política de sus actos”. No solo la riqueza, sino el poder. Entonces, el *Tlatoani* de Tenochtitlan –el que tiene la última palabra– estaba de antemano perdido. Desde que Cortés supo de ese reino, escondido entre altas montañas, decidió su estrategia. Los signos que va acopiando, son los de un general de otras guerras. No son distintas a las que pudo tener Alejandro, Gengis Khan, Bonaparte o el general Patton. Una información racional para destruir el enemigo. Y colonizarlo. Los aztecas no tenían colonias sino cautivos, y no muchos. Para sus sacrificios, sin duda, los imperios de Occidente y de Oriente para dominaciones menos digestivas, pero no por eso menos crueles. Esclavismo, feudalismo, proletariados internos y externos..., la historia entera.

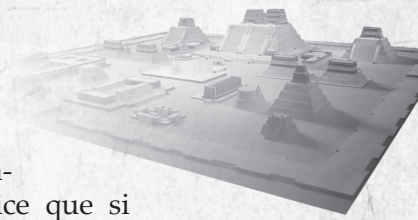
En Perú, la conquista no fue menos política. No cae Cusco sino Cajamarca. Y cae, por un golpe de mano, el Inca mismo. El hijo del Sol, y el reloj solar de los incas se queda sin luz. Es un golpe atrevido, de viejo guerrero, todos los dados de una sola vez. Detrás de ese gesto, varios siglos de trucos y celadas con moros en la Reconquista, de sitios de ciudades italianas y emboscadas de condotieros, una astucia de siglos. Pizarro es la continuidad de Cortés, su discreto continuador. En parte son parientes pero no es eso lo que cuenta, sino que lo de México fue reverentemente seguido y conocido por todos los colonos españoles desparramados de Cuba a Panamá, es decir, vecinos, potenciales adelantados y gente lista a cabalgatas. Luego, lo que sigue, es política, en los más clásicos de los términos.

Negociaciones de Pizarro con el Inca en prisión, la celda llena del oro y la plata del rescate, cálculos de los capitanes si tenían que guardarlo o matarlo; envío de sus generales al Cusco por parte de Atahualpa, al feroz Calcuchímac con orden de acabar con la elite cusqueña que era de Huáscar, cosa que se hizo. ¡Y descabezaron por completo el Tawantinsuyo! La bajada por los llanos de Gonzalo Pizarro, el hermano, buena táctica, ir y ver, y volver. La toma tardía del Cusco. Y lo demás. Paso por paso, intereses de españoles, de curacas que tomaban sus disposiciones para sumarse a los españoles o a los incas rebeldes. Nada de esto es antropología pura, sino política. O si se nos permite, etnopo-

lítica. El mismo principio de la desunión de México se da en Perú. El desdén por la suerte del clan inca, la revancha de clanes rivales, como los cañaris. No imaginaban el régimen en que entraban. Se ha dicho, venían de una conquista reciente, la de los incas, ¿por qué no pensar que era otra del mismo tipo? Un poder sustituía a otro. Acaso eso pensaron. Cuando se comienzan a dar cuenta, ya es tarde. El país postconquistadores, a partir de curacas y potentados locales, se acomoda al nuevo sistema colonial. Los indios son actores pero también espectadores de esa curiosa etnia que había llegado de los mares. Cuando se enfrentan los españoles en la batalla de las Salinas, cerca del Cusco –cuenta Cieza– “se sentaron a ver cómo guerreaban entre ellos, los nuevos señores” (cita de Cieza). Estaban descubriendo que ellos también tenían su propia barbarie.

Parecidos y diferencias Paseando por Tenochtitlan¹⁰²

Es una suerte conocer esta ciudad. El guía nos explica que varios *tlatoani* han gobernado antes de Moctezuma II. Se llamaban esos señores, Axa-yácatl, Tízoc, Ahuízotl. Me dice que si fuéramos águilas veríamos desde los cielos una isla ovalada con tierra firme, y en torno, tres calzadas que convergen. Que estamos en el centro de una gran laguna, salta a los ojos, por todas partes veo canoas y muchos puentes. Ya caminando, me sorprende el blanco brillante de las casas, la vegetación en jardines flotantes, y a medida que avanzamos, el techo de los templos de los clanes. Son una serie de pirámides truncas. La ciudad tiene pocas calles, lo que tiene es canales, y todo conduce a dos plazas principales, la del templo de Tlatelolco y la del centro religioso de Tenochtitlan, que es un espacio abierto lleno de pirámides, palacios, están como amontonados. Y entonces entiendo que las láminas que están en los *Códices* no han mentido.



¹⁰² El texto de Georges C. Vaillant contiene los aspectos y detalles urbanos aquí descritos, en *La civilización azteca*, Fondo de Cultura Económica, México, 1941. Ese libro es un clásico, acaso uno de los que mejor conocieron la vida azteca. Este texto no es sino una glosa, una recreación, y un homenaje a su autor.